



A Adolfo Marsillach le gustan las escenas de interior.

JULIO PALOMAR

Un vodevil a la carta

Divertimento en el Premio Espasa Humor 1995

ADOLFO MARSILLACH

Se vende ático

Espasa Calpe / Madrid 1995

256 páginas / 2.150 pesetas

RAMON HERNANDEZ

Decía Ionesco que donde no hay humor es imposible encontrar las más nobles esencias del alma humana. De ahí el elevado tono que el auténtico humor confiere a las obras literarias, sobre todo cuando tal ingrediente se encuentra en ellas en las dosis precisas y en el momento oportuno. Por otro lado, es sabido que la mayoría de los denominados humoristas suelen ser la imagen en el espejo de sus propios héroes, cuyo rostro, con palabras de André Maurois, es tan sólo una máscara que oculta muy frecuentemente la tragedia subyacente. De ahí, la sutil línea divisoria, a veces imposible de percibir, entre el drama y el bufón, entre el jocoso histrionismo y la honda desesperanza del metafísico. Reflexiones éstas que, de algún modo, están latentes en *Se vende ático*, novela galardonada con el Premio Espasa Humor, 1995, subtitulada *Escenas conyugales para leer a ratos*, obra que sintetiza en sus páginas de manera elocuente la polifacética personalidad de su autor, Adolfo Marsillach,

galardonado actor, director de cine y de teatro, autor teatral, articulista, guionista de TV, creador de la Compañía Nacional de Teatro Clásico y fundador del Centro Dramático Nacional, entre otras prestigiosas realizaciones relacionadas con el arte escénico. Síntesis no sólo profesional, sino también personal, es factible percibir en este texto una estructura más comediográfica que narrativa, impregnada del agudizado testimonio humano signado por el propio Marsillach al final del relato. Argumentada fundamentalmente con la peripécia amorosa de dos mujeres y dos hombres, la novela emerge lineal, frontal y directa, carente de sofisticación estilística, como un distendido divertimento referido al universo conyugal y amoroso, burgués y adulterino, con todos los tópicos y tics lingüísticos y temáticos del *aquí y del ahora*, pero también sin renunciar a la introspección psicociológica sobre la alienación matrimonial frente a la ansiada libertad del amor. Sainete aparentemente ingenuo, copia del natural en la trama narrativa y en los caracteres, su humor fácil tiene, no obstante, connotaciones del teatro del absurdo, difuminadas por un intencionado exceso de alusiones a personajes populares de la sociedad española actual que dan al texto un tono localista sin significación para un lector de otra época. Limitado también su espacio expresivo a situaciones de interior, nos ofrece una superabundancia de escenas en restaurantes y el prolijo detalle de menús, tal vez como una metáfora de la deglución catártica de los agitados seres humanos atrapados en la vertiginosa monotonía del implacable melodrama de vivir.

Martín García Vega

El Congreso frente a Mario Conde

Las actas de la Comisión Parlamentaria sobre la intervención de Banesto

En diciembre de 1994 un juez ordena el ingreso en prisión de Mario Conde, acusado de delitos de apropiación indebida y estafa por unos 7.000 millones de pesetas. Las actas que componen este libro son prueba irrefutable de un trabajo que pasará a la historia del parlamentarismo español como modelo de lo que debe ser una comisión parlamentaria. Estas actas son el reflejo objetivo de lo sucedido. Su lectura aporta datos imprescindibles y versiones contrapuestas para un mejor conocimiento de todo el entramado de auténtica ingeniería financiera montado por Mario Conde para ocultar la realidad del banco y evitar su caída.

Anaya & Mario Muchnik

Pequeña obra maestra

Una holandesa desconocida publica su primera novela

CONNIE PALMEN

Las leyes

Debate / Madrid 1995

205 páginas / 1.700 pesetas

ALICIA VILLOLDO BOTANA

Connie Palmen, nacida en St. Odiliënberg (Países Bajos), de 40 años, licenciada en Filosofía y en Lenguas y literatura neerlandesa, ha debutado con un libro fantástico. Y por ser una escritora novel debemos conferirle nuestra atención, porque poco bueno aparece por estos tiempos.

Las Leyes, una búsqueda de identidad femenina a través de los hombres amados, una seria reflexión sobre el oficio de escritora y una indagación irónica y profunda sobre la imposibilidad de las relaciones entre hombres y mujeres, es un libro magnífico. Un libro que habla de cómo gozamos las mujeres.

Erudición sin pretensiones, sensatez, sentido del humor, tragedia, reflexión, bellas metáforas, todo se encuentra en estas pocas páginas, lo que también es de agradecer para críticos y lectores. La novela, tal su estructura formal, aunque pueda ser leída de distintos modos y yo os daré luego una clave diferente, con perdón de la autora, es un recorrido por las supuestas leyes que rigen el amor, los sentimientos y las relaciones en general.

Me ha pasado con este libro que el placer de su lectura me ha inducido al placer de la escritura, para lo cual, a veces, se es muy perezosa, tal como lo cuenta su autora a través de su personaje, y que nos suena bastante autobiográfico. «¿Cuáles son esas «leyes»? La más cruel: hablando de un personaje masculino, imposibilitado de amar, la autora escribe: «Decía que el amor quebrantaba su auto-odio, y que no se amaba lo bastante a sí mismo como para poder amarme a mí».

«Desde cuándo nos tiene hechizado este tópico delirante? ¿Qué idiota retrasado mental ha metido en el cerebro de la gente que lo primero hay que amarse a una misma, antes de amar a otra persona? No he visto una ley más cruel, y se ha apoderado del siglo XX...». Reflexiones sobre el tópico. Supongo que el catolicismo en su vertiente «ama a los demás como a ti mismo» y en parte el psicoanálisis —aunque una se confiesa adepta y piensa que la autora ha pasado por un análisis lacaniano— son los responsables ideológicos, más el individualismo que signa la segunda parte de este siglo. La autora habla, además, del lenguaje, como si se comprometiera, no sólo con su instrumento de trabajo, sino con la presencia omnipresente del Otro, que tantos malentendidos ocasiona. Por eso es imposible el ideal de la protagonista: encontrar cómo las palabras surjan enteramente suyas dentro de sí.



Erudición sin pretensiones, información, sensatez, sentido del humor, tragedia, todo se encuentra en estas páginas

El lenguaje está en manos de todos, es una mercancía que circula y nos determina desde mucho antes de nacer. Para bien y para mal. No hay más dios que el lenguaje y, por lo tanto, puede ser un dios indulgente o colérico e injusto. Connie Palmen ha encontrado un deus-lingua indulgente, que le permite expresar sentimientos, ideas y posiciones éticas muy profundas con sencillez y humor. Palmen está tocada por el dios-Otro. Su concepción del amor coincide con la nuestra: es una coreografía cruel, la del amor: «¿quién ha estipulado que tenga que ser atraer y rechazar?». Y también es una reflexión sobre la soledad a la que está condenado quien quiera ser escritor, cuando el ser humano está hecho para la compañía, para la pareja, para los amigos, para la convivencia. Bueno, os voy a dar una clave diferente de lectura: si leéis el primer y último capítulo, podéis, después, abrir el libro por donde queráis, como cuando éramos pequeños y a los católicos nos hacían abrir el Kempis. ¡Siempre acertaba con nuestro estado de ánimo! Os aseguro que ésta me hubiese gustado que fuera mi primera novela. La buena traducción de Germán Patricio Anson ha recibido la ayuda de la Fundación para la Producción y la Traducción de la literatura neerlandesa.

Caballo de Espadas

Regreso a España, tras una ausencia de cuatro años, y me apresuro a entrar en el teatrillo de la vida cultural. «¿Qué habrá cambiado aquí durante el tiempo que pasé fuera?», me pregunto. Empezaba la función. Salen los viejos títeres de cachiporra de antaño: descargalladas coquetas de uno y otro sexo, ahora más recargadas de afeites; solemnes caballeros, mayormente anquilosados por el lumbago. ¿Dónde están los jóvenes, los olvidados, los postergados, los damnificados del sinistreso socialista? ¿Y los críticos? ¿Siguen haciendo lo que solían? Sí: se encuentran ahí, cabe el tablado, actuando como relaciones públicas de sus amigos, de los ídolos de las clases medias de la cultura, y practicando la descalificación y el ninguneo contra los restantes. Desazonado, vuelvo la mirada hacia el público. Y respiro hondo, con alivio: es más numeroso que cuatro años atrás. Pero, ¿ha cambiado de actitud? ¿Está más activo? ¿Reclama, protesta, silba llegado el caso? no: aplaude, con mayor o menor desgana, todo lo que le echan, como siempre. Me asalta la tentación de salirme del teatrillo, pero la venzo. ¿Y si ahora aparece don Quijote y aremetete contra los cristobitales de este retablo lamentable? ¡Ah, no tengo remedio! Me doy cuenta de que estoy empezando a desvenar la espada. / LEOPOLDO AZANCOT